

José María Aznar,
en la presentación de la biografía FAES *Ramón Menéndez Pidal, el último liberal unitario*, de
Jon Juaristi

SENADO, 3 DE JUNIO DE 2024

Os agradezco a todos vuestra asistencia a la presentación de un nuevo título de la colección de biografías intelectuales de la fundación FAES.

Este es el tercer volumen de la serie: *Ramón Menéndez Pidal. El último liberal unitario*, de Jon Juaristi.

De entrada, digo que presentar un libro de Juaristi es anunciar un placer cierto a los que van a leerlo. No hay riesgo de que a mi elogio le siga ninguna decepción.

Jon es uno de los hombres más sabios que conozco; cuando escribe o habla dice siempre cosas importantes y muy probablemente desconocidas, porque es un erudito.

Se puede tener la certidumbre de que después de leerle se habrán adquirido muchas cosas nuevas. De la lectura de sus libros se sale siempre enriquecido.

Para dicha de sus lectores y amigos, eso que nos da no pesa. Juaristi es un erudito, pero también un escritor ingenioso, divertido y sorprendente. Sabe escribir con pulso, espontaneidad y belleza.

Sus libros están vivos porque son, en primer lugar, eso: “libros”, algo que se puede leer, no indigesta acumulación de datos sin gracia ni evidencia.

Pertenece a la estirpe intelectual de los mejores ensayistas y poetas en lengua española. Es, en fin, uno de los primeros intelectuales de nuestro tiempo.

Los que le conocemos sabemos que, además de todo eso, -y ser del mismo Bilbao- Jon es un hombre valiente. Y hoy no abundan las inteligencias asistidas de coraje.

No tengo que recordar que Juaristi ha estado siempre dispuesto a pagar el precio por escribir con libertad, a sostener la palabra con la conducta.

Doy fe de ello porque tengo muy presentes palabras y actitudes de Jon en el País Vasco, en tiempos difíciles, cuando lo más cómodo era callar, como hacían tantos, muy locuaces ahora, empeñados en camuflar con verborrea su silencio cómplice de entonces.

Un libro necesario

Hoy presentamos el libro de un sabio sobre otro sabio. Ramón Menéndez Pidal fue historiador, crítico y filólogo: un polígrafo que durante su edificante longevidad ilustró esas disciplinas con obras de fundamental importancia.

Don Ramón se dejó la vida en el estudio de crónicas, leyendas y romances, de textos clásicos de todos los géneros y épocas.

Alumbró los orígenes del castellano y de nuestra épica popular; reconstruyó nuestra Edad Media, iluminándola en la política de sus Reinos, en el movimiento de sus clases sociales, en el desenvolvimiento de sus instituciones y formas de vida.

Don Ramón persiguió lo español por todos los caminos del pasado, sorprendiendo la intimidad de su habla y de sus hechos.

El libro que presentamos no trata de Menéndez Pidal en la peripecia de su vida. Lo que relata Juaristi es la vida de su pensamiento.

Es la historia de las simpatías y diferencias -convergencias y divergencias- de Menéndez Pidal con Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo, Unamuno, Ortega y Gasset y Benedetto Croce.

Y en paralelo, sus ideas sobre la nación medieval, renacentista, moderna y contemporánea, con un sabroso epílogo sobre liberalismo y nación.

Al hilo de tales influjos sucesivos o simultáneos vemos madurar un pensamiento tan rico en su despliegue por los campos de la lingüística, la filología o la historia como convergente en el foco hacia donde esos saberes confluyen: España.

España como resultado histórico y lingüístico. España como narración y como nación en que la historia transcurre como “hazaña de la libertad”.

Una idea cierta de España

Juaristi había tratado en otros sitios el tema del “liberalismo unitario” de Menéndez Pidal. Pero es en este libro donde lo aborda con mayor amplitud, desbrozando consideraciones minuciosas en los campos de la Filología, la Lingüística y la Historia.

Se me permitirá que me detenga en el plano histórico-político. Me asiste una doble excusa: el subtítulo de la obra, que la caracteriza, y mi nula competencia filológica, que me caracteriza a mí.

Menéndez Pidal fue hombre de gran escrúpulo científico, formado en el positivismo de su época. No por eso dejó de tener, a lo largo de su vida, “una cierta idea de España” que a mí me parece, además, una idea cierta.

Los trabajos de Menéndez Pidal suelen remitir a una noción unitaria de nación española. Juaristi menciona muchos de ellos.

En el prólogo al tomo XV de la monumental *Historia de España* que dirigió, referido a *los Trastámaras de Castilla y Aragón en el siglo XV*, Menéndez Pidal desmenuza el Compromiso de Caspe, etapa decisiva hacia la unidad dinástica de los reinos peninsulares.

Lo tituló, intencionadamente, “ejemplo de autodeterminación de un pueblo” y levantó una polvareda polémica con la historiografía catalanista, que nunca perdonó su lectura “unitaria” del Compromiso.

Otro libro suyo, *El imperio hispánico y los Cinco Reinos*, revisa el concepto general de nuestra Edad Media. Porque lo comúnmente afirmado y aceptado había sido considerar nuestros antiguos Reinos medievales como entidades tan aisladas que ningún propósito superior a su respectiva individualidad fue capaz de darles cohesión alguna.

Según Don Ramón, por el contrario, existía una idea de España presentida y cierta desde el *Epítome Universal Ovetense*, que ya afirmaba su liberación mediante la expulsión de los sarracenos.

Se ha calumniado a Menéndez Pidal interpretando estos textos como una concesión al franquismo imperante cuando se publicaron. Nada más falso. Don Ramón fue tan liberal como unitario desde mucho antes.

Juaristi menciona sus artículos en el diario *El Sol*. En ellos don Ramón protestaba por la ausencia del concepto de “nación española” en el anteproyecto de Constitución republicana que se debatía en el verano de 1931.

Sus ideas las llevaría al debate constituyente, por cierto, otro liberal unitario, asturiano como Pidal, y además republicano histórico: Melquíades Álvarez.

En su discurso en las Cortes del 9 de septiembre, deplorará “que no se hable en ningún artículo para nada de Nación española”. Declarándose “autonomista convencido dentro de la unidad nacional”, Melquíades Álvarez demostró haber leído con atención los artículos de Menéndez Pidal en *El Sol*:

“Yo afirmo -decía- que la realidad de la nación española es una realidad viva. (...) he sostenido que esta realidad de la unidad española es muy anterior a la existencia de la unidad política organizada por los Reyes Católicos. (...) Por eso no es de extrañar que Alfonso X, en una de sus Crónicas, hablara ya de la unidad de España en lenguaje magnífico y por eso en el siglo XIII, cuando el movimiento de disgregación peninsular era completo y el sentimiento de la unidad nacional permanecía extraño a toda organización política, se concretaba esta unidad nacional en aquella fórmula verdadera de los cinco reinos que utilizaron los notarios y los poetas y los cronistas hasta finalizar el siglo XV.”

El liberalismo unitario de Pidal, como el de Álvarez, es una perspectiva sobre la génesis de la identidad nacional española. Según la cual, esa identidad antecede a la de las regiones.

Las identidades regionales no son continuación de pueblos preexistentes a la nación española. España no es un Estado artificial que cobije -o peor, oprima- naciones auténticas.

Es nación histórica anterior cuya permanencia profunda, lejos de cualquier casticismo, puede integrar una diversidad cultural y lingüística constitutiva frente a cualquier particularismo excluyente.

Llegados a este punto, ya podemos comprobar que de la Edad Media hemos dado un salto para abordar cuestiones que hoy nos interpelan con singular apremio.

Origen de una controversia

Cuando Juaristi caracteriza a Menéndez Pidal como “el último liberal unitario” también está refutando el sambenito que muchos han querido endosarle como “nacionalista español”.

Lo que ocurre es que a don Ramón las posiciones fragmentadoras, desde el carlismo al federalismo, le parecían suicidas.

Porque estaba convencido de que el particularismo le venía al español ‘de fábrica’. No hacía falta añadirle justificaciones teóricas para agravar todavía más su escaso sentido de la solidaridad colectiva.

El texto en el que Menéndez Pidal condensa su visión de España como “último liberal unitario” es el prólogo de 1947 a la *Historia de España* dirigida por él que, publicado exento, lleva por título *Los españoles en la historia*.

Esas páginas albergan una suerte de testamento en el que don Ramón dice o insinúa su última palabra sobre tres problemas clave: la fractura territorial de los nacionalismos, la fractura ideológica entre “las dos Españas” y la avenencia practicable que permitiese la continuidad nacional.

Don Ramón no ahorra censuras al exceso de localismo que tuvo su traducción política primero en el foralismo, el federalismo y el cantonalismo del siglo XIX y luego, en el XX, en los nacionalismos regionales.

Pidal caracteriza, a partir de una conferencia de Bosch Gimpera en 1937, el núcleo esencial de la ideología particularista: la denuncia de la historia de España como un error; la denuncia de lo artificioso de su unidad política.

Según esa visión el Estado, romano, godo, califal, austríaco o borbónico, siempre “superestructura política” artificial, falsa, habría operado como cárcel de pueblos vivos, auténticos: las “naciones originarias” de la Península.

Es la vieja idea según la cual España, lejos de ser propiamente una *nación*, es un conglomerado de pueblos heterogéneos sin mucho que ver entre sí. Tesis que Julián Marías impugnó en su *España inteligible* al tratar de la falsa imagen del “mosaico”.

Don Ramón, unitario pero no centralista, opondrá a esa visión un argumento decisivo, al escribir: “Ese término, ‘superestructura’ (que por cierto hallamos en Carlos Marx), nos pide su complemento obligado: el fondo indígena, reacio a la organización superior, será una ‘infraestructura’, que no puede representar lo perpetuamente natural y auténtico; será siempre algo inferior a la superestructura, la cual, aunque en su origen haya sido algo artificial o impuesta (no lo fue casi nunca), el transcurso de los siglos la convirtió en lo esencial, auténtico y nativo”.

Menéndez Pidal descubriría un ángulo ciego en la perspectiva de Bosch Gimpera: éste, idealizando la Prehistoria descuidaba la Historia. Y en la Historia, como en el Derecho, el paso del tiempo tiene efectos prescriptivos, causa estado.

Una polémica muy actual

Lo que podríamos llamar ‘doctrina Bosch Gimpera’ perduró en el imaginario de la izquierda española durante el franquismo y ha tenido - reformulada- protagonismo muy notorio en el discurso territorial del partido socialista.

Planteamientos como el de la “plurinacionalidad” del Estado o el de España como “nación de naciones” se han normalizado en el ideario y los programas del PSOE.

Se importó esta concepción no directamente del catalán Bosch Gimpera, sino del segoviano Anselmo Carretero, socialista histórico que elaboró la mayor parte de su obra exiliado en Méjico tras la guerra civil.

Obra obsesivamente dedicada al problema territorial español, nutrida y voluminosa, últimamente sintetizada en su propuesta “ante la cuestión de las nacionalidades”, presentada, desde Méjico, al 27º Congreso del PSOE, en 1976.

Obra, además, confusa, en que los términos “nación”, “nacionalidad” y “pueblo” son sinónimos y se barajan al descuido.

Según Carretero, la nación española alberga identidades diferentes forjadas en luchas oscuras desde la Edad Media, si no desde la Prehistoria, singularizándola excepcionalmente.

Como se ve, rescata la idea de identidades gestadas en lo remoto como entes “naturales” que no deben confundirse con lo “artificial” de las decisiones políticas. Tesis bien curiosa para ser asumida por un socialista.

Anselmo Carretero parece que heredó de su padre, regionalista castellano, la afición a cierta cartografía fantástica. En los libros de éste se hace patente una manía por rectificar mapas históricos para adecuarlos al asentamiento de los “grupos naturales” que integrarían España.

En todo caso, con lo que nunca transigió Carretero fue con el planteamiento comunista del ‘pleito territorial’. El PCE, en esa época, había acatado la instrucción soviética de postular que España no era una nación sino, meramente, un Estado plurinacional.

Los comunistas, así, abogarán por el derecho de autodeterminación de unas supuestas “naciones oprimidas”: País Vasco, Cataluña y Galicia. Como sabéis, lo siguen haciendo hoy.

En cuanto a los socialistas, lo dicho hasta aquí puede dar idea de la confusión reinante en su planteamiento. Suelen usar un término-fetiche: “federalismo”, como comodín para salir del paso, sin aclarar cómo se reconcilia lo federal “asimétrico” en Cataluña con lo federal “cooperativo” en, pongamos, Andalucía.

Escuchándolos uno recuerda lo que Galdós ponía en labios de Prim, hablando de los federales: “Los federales quieren que yo me ponga un gorro colorado, y salga por ahí con unas tijeras descosiendo el mapa de España, y haciendo cantones como los de Suiza. Yo digo que la Suiza que conocemos no se hizo con tijeras, sino con hilo y aguja.”

Tampoco se concilia la “nación de naciones” de Carretero con el “Estado plurinacional” de algunos programas, muchas ponencias, y ciertas declaraciones socialistas (como la de Barcelona de 2017).

Semejante caos obedece a una indiferencia total hacia las ideas, tomadas de cualquier parte, como pretextos para justificar lo que cuenta de verdad: concertar con los nacionalistas mayorías precarias para ir tirando.

En medio de tanta confusión, esta biografía no puede ser más oportuna. Entre otras cosas, nos recuerda que existen formas más honestas y cabales de entender la realidad nacional española.

Además, las páginas de Menéndez Pidal iluminan no solo nuestro debate territorial sino también, premonitoriamente, el sentido y la oportunidad histórica de lo que, treinta años después, sería la Transición española.

Menéndez Pidal y las dos Españas

Menéndez Pidal leyó con atención el libro del historiador portugués Fidelino de Figueiredo *Las dos Españas*, de 1932.

La expresión se hará tónica y servirá para que don Ramón titule así la última sección de *Los españoles en la historia*, el prólogo de 1947 que vengo comentando y al que Juaristi dedica el sustancioso epílogo de su libro.

Es un repaso histórico al fenómeno de “la insólita vehemencia con que la diversidad de ideología política separa a unos españoles de otros, quebrantando la unidad moral de la colectividad”.

En pleno franquismo Menéndez Pidal escribía: “En el primer tercio del presente siglo, el exclusivismo español de las izquierdas y de las derechas encontraba formidable apoyo en la compleja reacción iniciada en Europa frente a la crisis que atravesaba el liberalismo. (...) Tal exclusivismo (comunista o fascista) engranaba perfectamente bien con la habitual intransigencia española, robusteciéndola; era insuficiente el no transigir con la media España adversaria, había que suprimirla totalmente para ser todo sin ella”.

La supresión del disidente era previa al estallido de la guerra; don Ramón alude al sectarismo republicano al escribir: “Ellos solos eran la patria única; los contrarios eran unos “cavernícolas’ despreciables, y si estos pensaban que era preciso suprimir los siglos XVIII y XIX, los triunfantes republicanos declararon que la historia de España venía errada desde la conversión de Recaredo”.

Pensando en superar el “siniestro empeño de suprimir al adversario” don Ramón concluye, bajo el epígrafe *La España única*, formulando una propuesta de salida democrática de la dictadura por la vía de la reconciliación nacional.

Juaristi emparenta el testimonio pidalino con el magisterio cívico de Croce en Italia. Y estudia el influjo de quien fue conocido como “el Papa del liberalismo” sobre don Ramón.

Es cierto que la fórmula de Pidal recuerda la del “compromiso histórico” italiano: un acuerdo político entre el ‘partido del avance’ y el ‘partido de la consolidación’.

En el fondo, reproduce el esquema de cualquier democracia liberal estable, que en la Europa continental de entonces (Alemania, Italia) estaban protagonizando la socialdemocracia y la democracia cristiana. Acertó antes de tiempo.

Jon Juaristi ha escrito, con motivo de los fastos del “bienio pidalino”: “No sé si la España actual está en condiciones de honrar dignamente la memoria de los que habría que llamar titanes de nuestra Historia, pero si

algunos lo merecen, destaca entre ellos Ramón Menéndez Pidal, que construyó los saberes de la nación para un tiempo de libertad”.

En mi opinión, si la España actual no estuviese en condiciones de rendir ese homenaje, deberíamos hacer todo lo posible para que lo estuviera, y cuanto antes. Me alegra decir que el libro de Juaristi, y este acto, contribuyen a ello.

Porque no pueden tener mayor vigencia estas palabras, que parecen dedicadas a los españoles de hoy: “La comprensiva ecuanimidad hará posible y fructífero a los españoles el convivir sobre el suelo patrio, no unánimes, que esto ni es posible en un mundo entregado por Dios a las disputaciones de los hombres, ni es deseable, pero sí aunados en un anhelo común hispánico, que irremediablemente no puede ser el mismo que los aunó en la época áurea”.

Aquí está enunciada la tarea que mi generación creyó haber visto cumplida, y a la que todos estamos, de nuevo, emplazados: garantizar nuestra convivencia democrática; asentando su equilibrio político en un sólido centro de gravedad, no en un balancín oscilante.

Amigos, el libro que presentamos es un magnífico libro. Oportuno, ponderado y erudito. Me disculparéis si concluyo diciendo algo que tiene más de deseo que de reparo.

Creo en la virtualidad de ese “liberalismo unitario” del que Menéndez Pidal sería, según Juaristi, el “último” exponente.

No me resigno a ver en nuestro biografiado un mero epígono. En su obra hay un magisterio fecundo. Nos es necesaria, en esta época de difamación histórica, cuando proliferan los calumniadores de todo lo español.

Los pueblos proyectan su futuro según lean su pasado, según cómo se entiendan a sí mismos. No es irrelevante para su destino cómo se escriba la historia. Yo diría que el porvenir de España es cuestión, en buena medida, de ‘caligrafía histórica’.

Tengo entendido que Juaristi manuscrite la primera versión de sus libros. Bien, creo que, en cierto grado, tendremos más o menos futuro como nación en función de qué predomine: el trazo nítido de la tinta de Juaristi, o el borrón cobarde de tantos calamares.